La economía mexicana: evolución reciente y perspectivas

Este artículo considera un conjunto de desarrollos alternativos que la economía mexicana puede seguir en el futuro, bajo distintos supuestos acerca de la conducción de la política económica interna y de la evolución de la economía internacional. Este examen de las perspectivas económicas es precedido por un análisis de la evolución económica reciente. En una primera sección se consideran los fenómenos que marcaron la historia económica de la presente década —deterioro acelerado del sector externo, el resurgimiento de la inflación y la tendencia al estancamiento de la producción y el empleo— y se sugieren algunas de las razones que llevaron a la crítica situación de 1976 y 1977. La segunda sección considera los principales efectos de la "política de estabilización" seguida a partir de fines de 1976, especialmente los efectos de la devaluación del peso sobre el nivel de precios, la distribución del ingreso y la balanza comercial. Esta sección termina con un resumen de la situación actual que considera en particular, las características de la "recuperación" económica de 1978 y la aparición de nuevos elementos como las perspectivas de producción y exportación de petróleo. Finalmente, la última sección presenta el marco de análisis seguido en las proyecciones y las trayectorias alternativas que la economía mexicana puede seguir durante la próxima década, en términos del crecimiento del producto, del nivel general de precios y de la composición de la demanda final, bajo distintos supuestos acerca de la utilización de los excedentes petroleros y de la evolución futura de la agricultura. Este artículo está basado en las principales conclusiones de los seis estudios y el apéndice estadístico que le siguen.

1. Los antecedentes de la devaluación

La evolución de la economía mexicana en la década de los setentas ha estado marcada por un progresivo deterioro de la capacidad de su aparato productivo para generar un monto de exportaciones suficiente para financiar las importaciones requeridas a las tasas históricas de crecimiento de la producción y del empleo. Los resultados de esta creciente incapacidad han sido una desaceleración del crecimiento económico combinada con un deterioro acelerado de la balanza comercial y en cuenta corriente.

El rápido deterioro de la balanza comercial tiene sus raíces en una combinación de factores que puede resumirse en el progresivo agotamiento de las fuentes internas de financiamiento del modelo de industrialización seguido en las últimas décadas. La historia de ese agotamiento y su contrapartida, la creciente dependencia financiera del exterior, está resumida en el cuadro 1 que muestra la evolución del déficit industrial como proporción de la producción manufacturera, y la contribución de las balanzas agropecuaria, petrolera y de servicios al financiamiento del déficit industrial, así como el déficit residual a ser financiado por fuentes externas.

CUADRO 1

Fuentes de financiamiento del déficit comercial industrial

	1961-65	1966-70	1971	1972	1973	1974	1975
Déficit Industrial (en % de la producción manufacturera)	12	11	10	10	11	11	13
Superávit agropecuario[1]	49	38	29	29	19	3	2
Superávit en servicios[1]	43	36	42	40	48	43	29
Superávit petrolero[1]	1	0	–3	–4	–9	–8	3
Endeudamiento externo[1]	7	26	32	35	42	62	66

[1] En porcentaje del déficit industrial.

Fuente: Elaboración en base a Anuarios de Comercio Exterior (véase anexo al quinto artículo de esta revista), Anuarios Estadísticos de Pémex e Informes Anuales del Banco de México. El déficit industrial comprende las exportaciones de manufacturas y minerales y las importaciones de bienes de consumo no agrícola, bienes intermedios y de capital. El superávit agropecuario se refiere a la balanza comercial de la agricultura, ganadería, silvicultura y pesca. El superávit petrolero comprende la exportación neta de productos petroleros y petroquímicos. La balanza de servicios comprende turismo, transacciones fronterizas, servicios por transformación, transporte y otros servicios.

El modelo de industrialización seguido se basó originalmente en la premisa de que el déficit comercial industrial que generaría en sus inicios, sería financiado por el superávit comercial externo generado por actividades productivas más tradicionales —especialmente el sector agropecuario— hasta que, una vez superada su infancia, el sector industrial fuese capaz de generar por sí mismo las exportaciones necesarias para financiar su rápido crecimiento. Las modalidades que adoptó el desarrollo industrial determinaron, sin embargo, que la fase inicial de rápido crecimiento de su déficit comercial externo se perpetuara en el tiempo y no mostrára una tendencia clara a reducirse como proporción de la producción manufacturera (véase cuadro 1). Estas modalidades del desarrollo industrial son conocidas, y las más relevantes para la comprensión del creciente desequilibrio externo pueden resumirse en: la concentración del proceso de sustitución de importaciones en la producción de bienes de consumo, especialmente de bienes de consumo duradero, para un mercado interno relativamente reducido que reflejaba una alta concentración del ingreso que el propio desarrollo industrial contribuía a sostener y agravar; la resultante baja rentabilidad relativa de la producción dirigida hacia el mercado externo agudizada en ciertos casos por la falta de competitividad debida al desaprovechamiento de economías de escala, dada la proliferación anárquica de empresas en mercados de tamaño reducido; la participación creciente de la inversión extranjera con un alto contenido de importación de bienes de capital e intermedios y la rápida expansión de pagos al exterior que ese crecimiento implica; y una intervención económica estatal respaldando los rasgos mencionados del desarrollo industrial.

Las premisas del modelo de desarrollo se vieron nuevamente violadas con el "prematuro" deterioro del superávit comercial agropecuario y el agotamiento resultante de esta fuente de financiamiento de la industrialización. Mientras que en el período 1961-65 el superávit agropecuario financiaba prácticamente la mitad del déficit comercial industrial, para 1974 esta fuente de financiamiento había dejado de ser significativa.

La gráfica 1 relaciona el origen del deterioro de la balanza comercial agrícola (el principal componente del superávit comercial agropecuario) con la brecha decreciente entre la producción y el consumo agrícolas por habitante. Esta brecha decreciente entre producción y consumo debe, a su vez, ser atribuida principalmente al lento crecimiento de la producción agrícola y a la caída resultante en la producción per cápita. Mientras que el consumo agrícola per cápita se mantiene prácticamente estancado entre los años 1964-65 y 1972-73, la producción agrícola por habitante se reduce en 15% en ese mismo lapso.

La reducción de la producción agrícola per cápita no fue menos importante en la segunda mitad de los sesentas que en la primera mitad de la presente década; en términos porcentuales esa caída fue incluso mayor en el primer período (12% en 1965-1970, 8% en 1970-75). Tampoco fue el efecto sobre la balanza comercial agrícola a precios constantes menos importante en el primer período que en el segundo. Sin embargo, ese efecto fue menos visible en la medida en que la evolución de los términos de intercambio entre productos agropecuarios de importación y de exportación determinó un deterioro más acelerado de la balanza comercial a precios corrientes en los setentas.

El cuadro 2 muestra los efectos de estos desarrollos sobre la balanza comercial agropecuaria: la reducción del superávit agropecuario de 1965 a 1972 fue frenada por un crecimiento de los precios internacionales de los productos de exportación más rápido que el de los precios internacionales de los productos de importación. En cambio, entre 1972 y 1975 los términos de intercambio vuelven rápidamente a su nivel de 1965 y este fenómeno, junto con el deterioro continuo de la balanza a precios constantes, terminó por casi eliminar el superávit en la balanza a precios corrientes.[1]

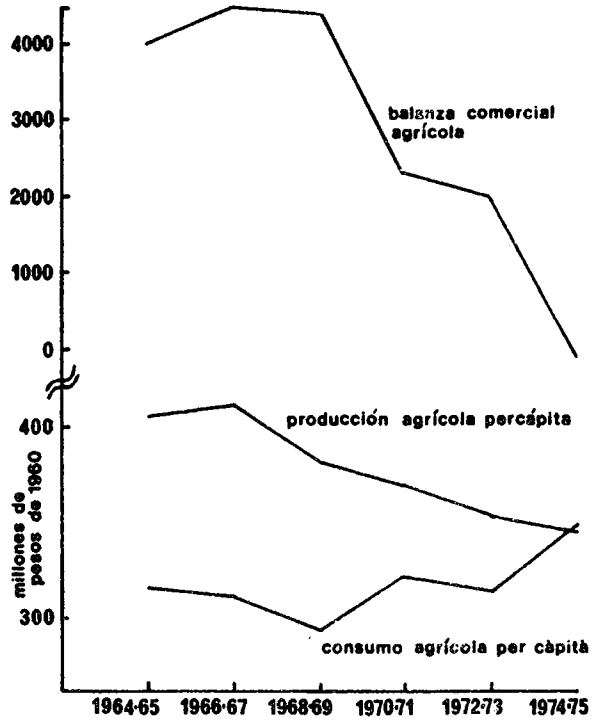
Si bien el creciente desequilibrio en la balanza comercial tiene su origen principalmente en la ampliación del déficit industrial y en la evolución de la producción agropecuaria, es necesario señalar dos fenómenos relevantes adicionales. En primer término, el rezago de la producción petrolera y la aparición de déficits sustanciales en la balanza comercial petrolera, precisamente en los años en que el precio relativo del petróleo se elevó considerablemente en el mercado internacional. Por otra parte, el hecho de que el sector servicios, a pesar de los incentivos dados a su desarrollo, no lograra ocupar el lugar que el sector agropecuario fue perdiendo progresivamente como fuente de financiamiento del déficit industrial y entrara, como será discutido más adelante, en una franca pérdida de dinamismo al final del período.

La creciente insuficiencia de las fuentes internas de financiamiento del modelo de industrialización, determinó una participación creciente del endeuda-

[1] Dada la elevación general de los precios internacionales agropecuarios en los setentas, el efecto de los términos de intercambio puede verse más claramente considerando la evolución de la balanza comercial agropecuaria deflactada por el precio de las exportaciones agropecuarias.

GRAFICA 1

Balanza comercial agrícola, producción y consumo agrícola per cápita.



Fuente: Elaboración en base a "Consumos Aparentes" de la Dirección General de Economía Agrícola. Se consideró un grupo de productos agrícolas principales que representaron alrededor del 65% de la producción agrícola total en el período 1970-75.

En esta gráfica se utilizan promedios bi anuales para reducir el efecto del cambio en inventarios sobre el consumo agrícola ya que éste se estima como la diferencia entre la producción agrícola y las exportaciones menos las importaciones. A pesar de este procedimiento, la evolución del consumo agrícola per cápita está probablemente exagerada en el período 1974-75 debido a la rápida acumulación de inventarios en esos años que será compensada por una reducción considerable en 1976.

CUADRO 2

Balanza comercial agropecuaria y términos de intercambio

	1965	1966	1967	1968	1969	1970	1971	1972	1973	1974	1975
Balanza comercial agropecuaria (millones de pesos de 1960)	5186	6362	5781	5981	6595	4499	4552	4882	3446	-444	-808
Balanza comercial agropecuaria deflactada por el precio de las exportaciones agropecuarias (millones de pesos de 1960)	6287	6537	6042	6938	6860	4925	4975	5528	3963	597	624
Balanza comercial agropecuaria a precios corrientes (millones de pesos)	7029	7452	6809	7888	8163	6299	6652	7855	6690	1257	1367
Términos de intercambio internacionales entre productos de importación y de exportación.	1.00	1.04	0.90	0.78	0.86	0.85	0.67	0.66	0.80	0.98	1.05

Fuente: Anexos al quinto y sexto artículos de esta revista.

CUADRO 3
Déficit comercial e ingreso neto pagado al exterior

	1960-64	1965-69	1970-73	1974-77
Déficit comercial (en % del déficit en cuenta corriente).	71	59	56	48
Ingreso neto pagado al exterior (en % del déficit en cuenta corriente).	29	41	44	52

Fuente: Producto Interno y Gasto 1960-1977. Banco de México.

miento externo en ese financiamiento. Así mientras que en el período 1961-65, el endeudamiento externo financiaba solamente el 7% del déficit industrial, en 1975 esa participación se había elevado al 66% y constituía la principal fuente de financiamiento.

La creciente dependencia financiera del exterior como principal método de financiamiento habría de enfrentar límites precisos con el correr del tiempo. El ingreso neto pagado al exterior pasó de representar un 29% del déficit en cuenta corriente en el período 1960-64 a más de la mitad en los años 1974-77 (véase cuadro 3). Lo anterior significa que la deuda externa acumulada para cubrir los crecientes déficits en la balanza en cuenta corriente, determinados originalmente por los déficits en la balanza comercial, acabó por generar un déficit equivalente en la balanza del ingreso neto pagado al exterior. De esta manera, la dinámica del endeudamiento externo tendía a estar determinada por los déficits que, por sí sola, esa misma acumulación de deudas provocaba.

Los límites que el modelo de industrialización alcanzó a cierta altura, quedan quizá más claramente planteados cuando se considera que en 1975 las exportaciones de manufacturas y minerales no alcanzaban para cubrir los pagos al exterior sobre la deuda externa que ese modelo había generado. Entre 1960 y 1975 el ingreso de la propiedad y de la empresa pagado al exterior, como porcentaje de las exportaciones de manufacturas y minerales, se duplicó, y era equivalente en 1975 al 116%.

En suma, el modelo de industrialización de la década de las sesentas conllevaba una tendencia de largo plazo al deterioro de la balanza comercial y de la cuenta corriente en la balanza de pagos. Este deterioro habría implicado seguramente llegar tarde o temprano a la crítica situación que se presentó en 1976-77. Estos acontecimientos fueron, sin embargo, precipitados por el resurgimiento de la inflación en México, por la recesión de la economía internacional y por una acentuada fuga de capitales.

En el tercer artículo de esta revista se analiza el comportamiento de la tasa de inflación en los setentas. Las sucesivas fluctuaciones de la tasa de inflación aparecen, en primer lugar, vinculadas estrechamente a la evolución de los precios internacionales tanto de alimentos y materias primas en un inicio, como del petróleo y sus derivados posteriormente. Así, la reducción de la tasa de inflación entre 1971 y 1972 parece atribuible a la caída en ese período de los precios internacionales de alimentos y materias primas y a sus efectos sobre los costos de importación y los precios de las materias primas producidas internamente. A su vez, el aumento de la tasa de inflación en 1973 y 1974 aparece igualmente vinculado al crecimiento acelerado de los precios de las materias primas y de las importaciones de bienes intermedios en esos años, así como al importante aumento en los precios y tarifas de las empresas públicas, particularmente en el precio del petróleo y derivados.

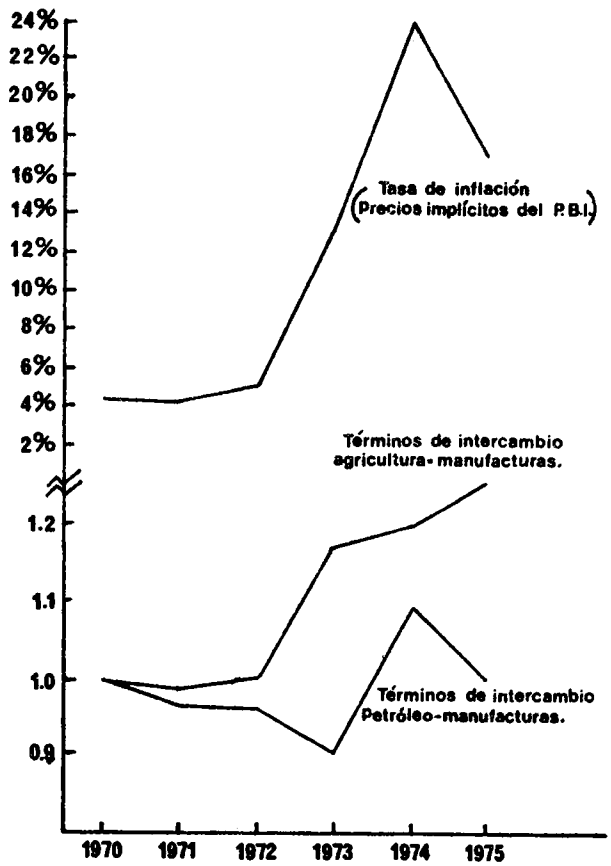
La evolución de los precios internacionales se combinó con condiciones que propiciaron una aceleración del crecimiento del nivel general de precios en la economia mexicana superior a la de sus competidores en el mercado interno e internacional. Los fenómenos más relevantes que hay que considerar para explicar esta evolución parecen ser los siguientes. Las condiciones internas de crisis agrícola y de rezago en la producción petrolera ampliaron, por un lado, el efecto de la elevación de los respectivos precios internacionales. Este fue el caso, por ejemplo, de los alimentos básicos en que el crecimiento acelerado de los precios de importación en 1973-74 se combinó con la caída de la producción interna elevando así el contenido de importación del consumo agrícola y reduciendo la capacidad de la política gubernamental de precios agrícolas para neutralizar el efecto de esa inflación importada. Asimismo, la crisis del Medio Oriente en 1973-74 y la cuadruplicación del precio del petróleo que la acompañó, coincidieron con el período en que por primera vez en muchos años la economía mexicana conocía amplios déficits en su balanza comercial petrolera.

Como resultado de esa conjunción entre la evolución de los precios internacionales y los desequilibrios internos entre las distintas ramas de la producción, ocurrió una brusca modificación en los términos de intercambio internos entre el sector manufacturero por un lado y la producción agrícola y petrolera por el otro (véase gráfica 2). La consecuencia de esta evolución fue una fuerte contracción (en relación a lo que hubiera ocurrido en ausencia de la modificación de los términos de intercambio) del ingreso real manufacturero que condujo, a su vez, a una incompatibilidad entre las participaciones negociadas del capital y del trabajo en ese ingreso real disminuido. En estas condiciones, la inflación en el sector manufacturero no podía más que progresar rápidamente reestructurando la distribución del ingreso y/o restableciendo paulatinamente los términos de intercambio originales entre sectores.[2]

[2] Con el tiempo habría de ser la acción conjunta de estas dos fuerzas la que permitiría la desaceleración reciente de la tasa de inflación.

GRAFICA 2

Las principales presiones inflacionarias en la primera mitad de los setentas.



Fuente: Producto Interno y Gasto 1960-77. Banco de México. Los precios se refieren a los deflactores implícitos de las producciones respectivas.

La aceleración de la tasa de inflación habría de afectar negativamente la competitividad externa de los sectores manufactureros y de servicios. La pérdida de dinamismo de la contribución de este último sector a la balanza comercial, a la que se hizo referencia anteriormente, aparece en efecto vinculada en parte a la aceleración de la tasa de inflación. Como se muestra en el cuadro 4, son precisamente los componentes de la balanza de servicios (turismo y transacciones fronterizas), probablemente más sensibles al comportamiento de los precios relativos con el exterior, los principales determinantes de la pérdida de dinamismo del superávit en servicios. A esta explicación de la evolución de la balanza de servicios habría que añadir la consideración de dos fenómenos, uno circunstancial como el boicot al turismo en México durante los años finales del período y otro de mayor alcance como es la tendencia al rápido crecimiento a largo plazo del turismo mexicano al exterior.

La erosión de la competitividad del sector manufacturero y de servicios en los mercados internos y externos, junto con el lento crecimiento de la demanda mundial, agravaron la tendencia de largo plazo al deterioro del sector externo. Estos dos fenómenos implicaban que los déficits comerciales y en cuenta corriente compatibles con el mantenimiento de la tasa histórica de crecimiento económico, debían de elevarse sustancialmente. Lo que ocurrió fue, sin embargo, una reducción sustancial de la tasa de crecimiento sin que por ello se evitara una agudización del desequilibrio externo.

Como se observa en la gráfica 3, a lo largo de la década de los sesentas y principios de la actual, existió un deterioro a largo plazo de la balanza comercial como proporción del producto interno bruto, cuyas fluctuaciones en el corto plazo estuvieron sin embargo, relacionadas de modo relativamente sistemático con las variaciones del producto en torno de su tendencia. Este comportamiento ponía de relieve la restricción creciente que el sector externo imponía a una elevación de la tasa de crecimiento económico y la ausencia de políticas que atenuaran el conflicto entre la evolución del sector externo y de la producción total. Hacia 1974 ese conflicto parece agudizarse al punto que el comportamiento de la balanza comercial y el de la producción, evolucionan en direcciones diametralmente opuestas: la recesión de 1974-75 se acompaña de una ampliación acelerada del déficit en la balanza comercial como proporción del producto interno bruto. ¿Cuáles fueron las razones por las cuales el sector externo no respondió como tradicionalmente lo había hecho ante la creciente brecha creada entre el producto interno bruto real y el correspondiente a la tendencia histórica?

Como elemento importante en la respuesta a esta pregunta figura la crisis agrícola y, en cierta medida, también el rezago en la producción petrolera que introducen una asociación negativa, y no positiva, entre el crecimiento de la producción y el déficit en la balanza comercial. En este sentido, la crisis del sector externo no resultó ser un hecho circunstancial relacionado con la expansión previa de la demanda. El recurso tradicional a la recesión económica deliberada estaba destinada a fracasar ante la naturaleza y largo período de maduración del deterioro en la balanza comercial agropecuaria. Este último habría de continuar acen-

CUADRO 4

Componentes de la balanza comercial en servicios (en % del total)

	1971	1972	1973	1974	1975
Superávit en transportes	–1	–1	–1	–1	–3
Superávit en servicios por transformación	13	17	21	27	30
Superávit en turismo	37	36	36	31	26
Superávit en transacciones fronterizas	45	43	39	34	38
Superávit en otros	6	5	5	9	9

Fuente: Informes Anuales, Banco de México.

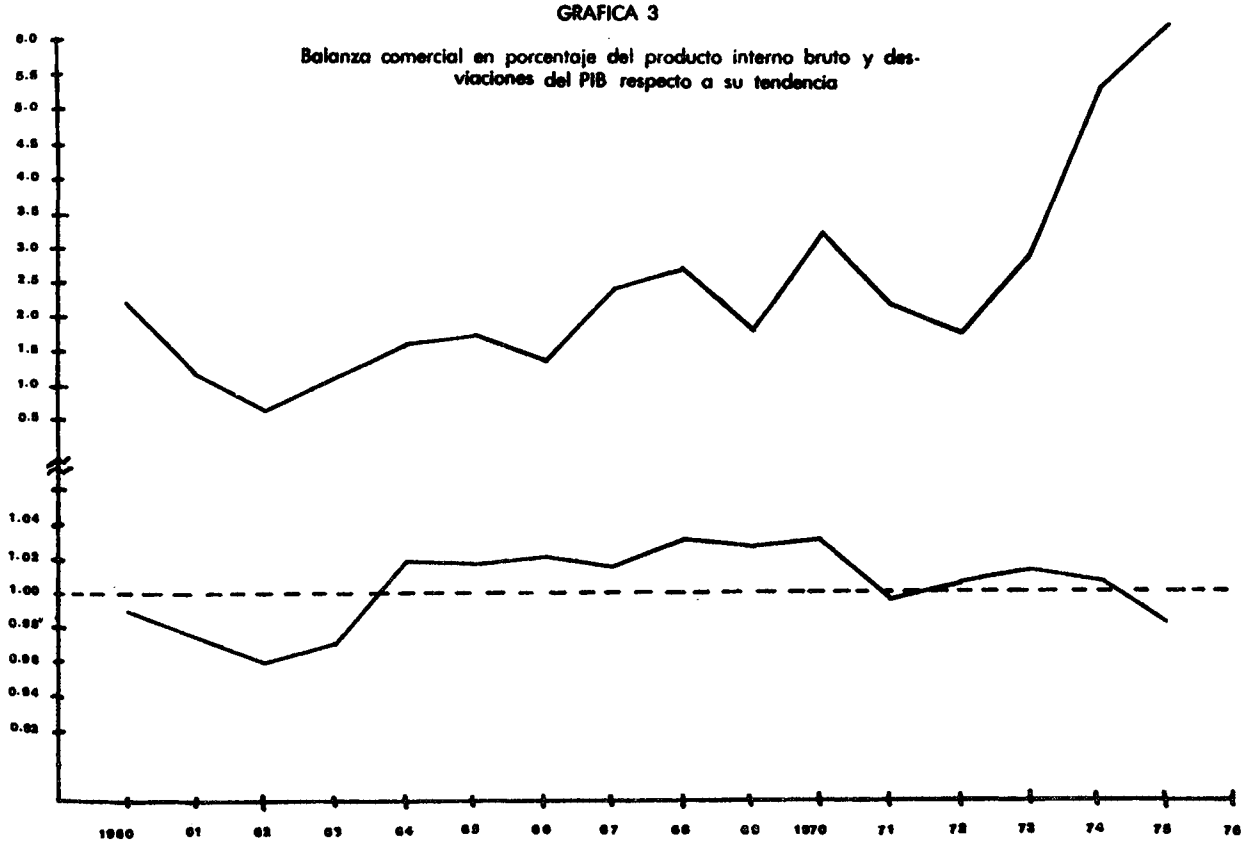
tuándose rápidamente en 1974 y 1975. El segundo elemento a tener en cuenta concierne al hecho de que la inflación no respondió en forma significativa a los estímulos de la política anti-inflacionaria. Los principales instrumentos de esa política ensayados en ese período, fueron el control de la demanda agregada y la política de precios. El análisis del tercer artículo de esta revista, cuyos supuestos se fundamentan más ampliamente en los tres artículos finales, sugiere que, dada la naturaleza de la inflación reciente, estas políticas estaban destinadas a ser inefectivas. Por un lado, la presión interna de la demanda no parece haber tenido efectos significativos sobre la tasa de inflación, al menos en lo que se refiere a la gran mayoría de los productos (productos agropecuarios cuyos precios siguen a los internacionales, productos industriales y bienes y servicios públicos). Por otra parte, la política de precios introducida a fines de 1974 y basada en el sistema de "fijación de precios por variación de costos" se limitó a institucionalizar una práctica normalmente seguida por las empresas en el sector industrial. Esto ocurrió en condiciones en que el evitar una aceleración de los aumentos de precios en ese sector, requería de una modificación del margen de ganancia o de la participación del trabajo en el ingreso generado en el sector manufacturero. El mantenimiento del margen de ganancias mediante la institucionalización de aumentos de precios proporcionales a los aumentos de costos, no hizo así más que hacer recaer, posteriormente, la contención del proceso inflacionario en la política salarial.

2. Los efectos de la devaluación de 1976

Los rasgos de la política económica seguida en 1974 y 1975 para combatir la inflación y el desequilibrio externo se vieron agudizados hacia finales de 1976. Se introducen un conjunto de medidas de política convenidas con el Fondo Monetario Internacional, como parte de un "programa de estabilización". A raíz de la crisis de divisas que se precipita por la especulación contra el peso y una considerable fuga de capitales, el diagnóstico que inspiró esas medidas puede ser resumido brevemente como sigue: el desequilibrio en la balanza de pagos resulta de un exceso general de demanda, provocado por una expansión excesiva del déficit fiscal, y del marcado proteccionismo que acompañó al desarrollo industrial, fenómenos que

GRAFICA 3

Balanza comercial en porcentaje del producto interno bruto y desviaciones del PIB respecto a su tendencia



Fuente: Producto Interno y Gasto. 1960/1977 Banco de México.

condujeron a una sobrevaluación creciente del peso mexicano. De ahí que, junto a la decisión de devaluar el peso —de 12.5 pesos por dólar a un valor que finalmente se estabiliza en alrededor de 22.8 pesos por dólar— se adoptan una serie de medidas que conducen a una reducción del gasto público en términos reales, a una política de expansión restringida del crédito doméstico, y a políticas tendientes a la eliminación de tarifas y subsidios en el comercio exterior. Con menor grado de correspondencia con el diagnóstico teórico, se introduce además, a partir de 1977 una política de rígido control sobre las negociaciones salariales que conduce a aumentos del orden del 10% y 12% en los salarios nominales en enero de 1977 y de 1978 respectivamente.

Una evaluación superficial de los efectos de estas medidas podría llevar a pensar que la política seguida fue relativamente exitosa en función de los objetivos planteados. La tasa de inflación una vez pasado el aumento en el nivel general de precios que era de esperarse a raíz de la devaluación, se desacelera rápidamente y pasa de 30% en 1977 al 17% en 1978. El déficit en la cuenta corriente se reduce en aproximadamente 1264.6 millones de dólares en 1977. La tasa de crecimiento económico se recupera en 1978 para llegar a un nivel de 6.6%.

Un análisis de los efectos de la devaluación, que se realiza en detalle en el segundo artículo de esta revista, sugiere un cuadro considerablemente distinto al resumido brevemente en el párrafo anterior. En primer lugar, un análisis de los efectos de la devaluación sobre el nivel de precios y la distribución del ingreso sugiere que, en ausencia de las políticas seguidas, la tasa de inflación se habría desacelerado rápidamente hasta llegar hacia 1978 a niveles similares a los de la inflación internacional, y ello habría podido ocurrir en condiciones de un nivel mayor de actividad económica y de salarios reales crecientes. Las razones que llevan a esta conclusión son, por un lado, el hecho de que en los primeros ocho meses de 1976 el proceso inflacionario estaba en franco proceso de desaceleración, de modo que para 1976 era de esperarse un crecimiento de los precios al consumidor del orden de 10-11%; por otra parte, el período 1977-78 se caracteriza por una considerable reducción de los principales precios internacionales agropecuarios en moneda extranjera (del orden de 17% en 1977). Es en este fenómeno, donde se encuentra la posibilidad de que los aumentos de precios se hubieran reducido progresivamente en condiciones de un salario real creciente.

Las circunstancias señaladas sugieren las siguientes observaciones. Por un lado, la desaceleración reciente de la tasa de inflación, cuya rapidez estuvo determinada por la evolución de los precios internacionales agropecuarios y de las negociaciones salariales, aparece desvinculada de las políticas fiscal y monetaria implementadas. Por otra parte, los efectos *netos* de la devaluación sobre el nivel de precios y la distribución del ingreso, exacerbados por el aumento del margen de ganancias derivado de la duplicación del valor en pesos de la deuda externa, habrían de reforzar, en lugar de compensar, los efectos negativos sobre el nivel de actividad económica de las políticas seguidas en el área fiscal y monetaria y contribuyen a explicar, como veremos, el poco éxito logrado en reducir el desequilibrio externo.

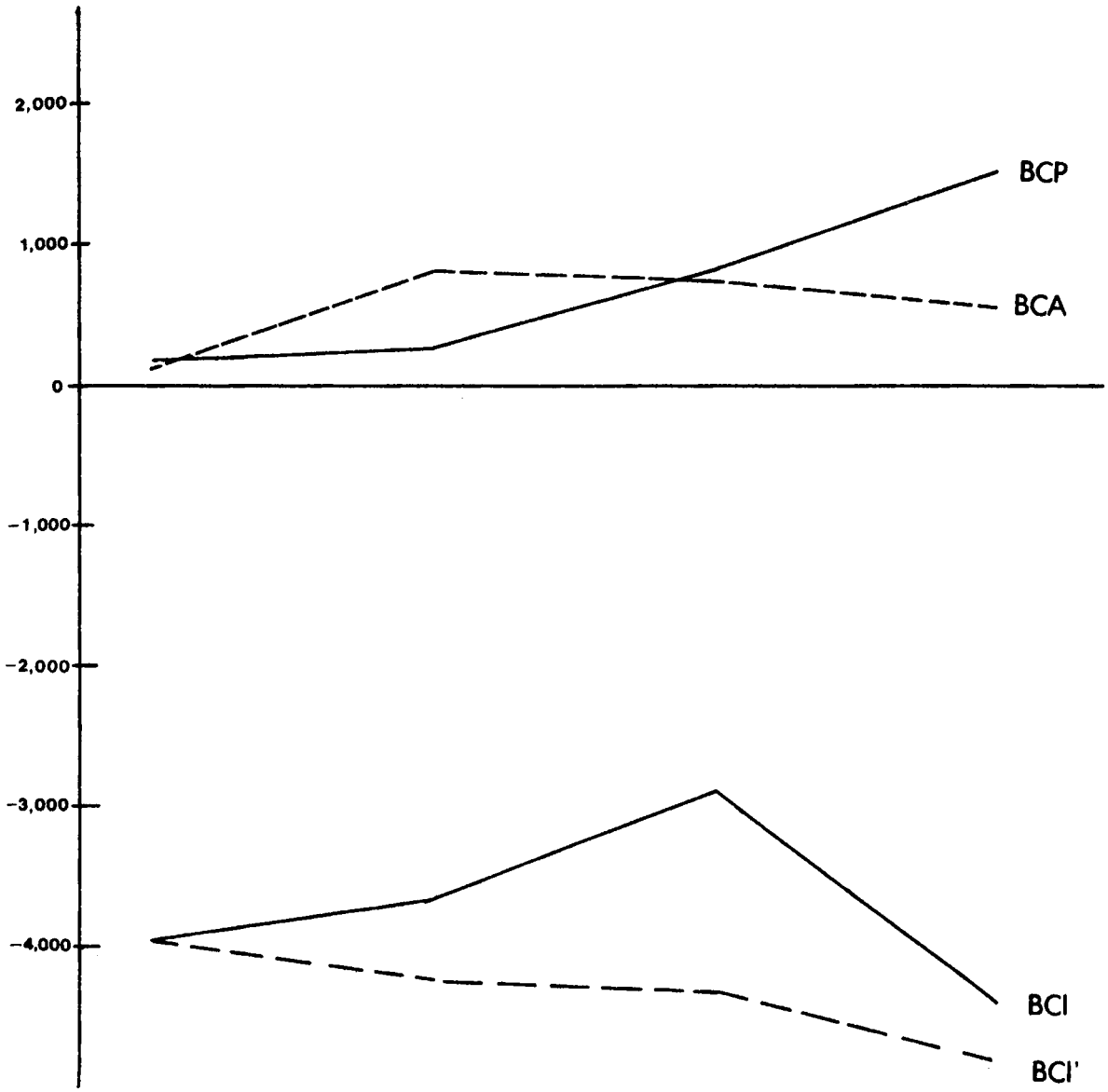
La gráfica 4 muestra la evolución de las balanzas comerciales por sectores en los últimos cuatro años. Después de aumentar en 1976, como consecuencia en gran medida de la evolución de los términos de intercambio entre productos de exportación y de importación a favor de los primeros,[3] el superávit comercial agropecuario ha seguido su marcha descendente, determinado por un crecimiento de la producción inferior al de la población. En virtud del origen de este importante elemento del desequilibrio externo y de las bajas elasticidades de la demanda por productos agrícolas con respecto a los precios relativos y al ingreso real agregado, la devaluación no parece haber contribuido a corregirlo.

Los efectos de la devaluación sobre la balanza de mercancías, parecen haberse concentrado en la balanza comercial industrial. La reducción del déficit industrial en 1977, resultado de los efectos substitutivos de la devaluación y de la recesión económica, es un importante elemento explicativo de la reducción en ese año del déficit comercial global. Sin embargo, una comparación de la balanza comercial industrial con la correspondiente a una trayectoria hipotética, estimada en base a un tipo de cambio fijo y las relaciones estructurales de comportamiento de las exportaciones e importaciones, sugiere que aquellos efectos tuvieron un carácter temporal. Para 1978, como resultado de la evolución del nivel de precios, consecuencia del efecto inflacionario de la devaluación, el déficit comercial industrial tendió rápidamente al nivel adoptado en ausencia de aquella medida. Así, si bien en 1978 los déficits en la balanza comercial y en cuenta corriente fueron menores de lo que podría haberse esperado extrapolando el rápido deterioro de la primera mitad de los setentas, este hecho aparece vinculado principalmente

[3] Los términos de intercambio aumentan en aproximadamente 20% en 1976. Esta evolución favorable a los productos de exportación se mantiene en 1977 y 1978.

GRAFICA 4

Evolución de la balanza comercial por sectores



BCP = Balanza comercial petrolera
BCA = Balanza comercial agropecuaria
BCI = Balanza comercial manufacturera (trayectoria real)
BCI' = Balanza comercial manufacturera sin devaluación (trayectoria hipotética)

Fuente: Indicadores Económicos. Banco de México. Véase, además, el segundo artículo de esta revista.

a la evolución de la balanza comercial petrolera, determinada por la explotación reciente de recursos petroleros de considerable magnitud y por las decisiones adoptadas de generar una producción y exportación masivas de petróleo.

La importancia de este nuevo elemento en la evolución reciente del sector externo, y el carácter temporal de los efectos de la devaluación, pueden apreciarse más claramente en la gráfica 5. Como puede observarse, el déficit no petrolero en la balanza de mercancías, (como proporción del producto interno bruto) a diferencia de lo que sucede con el déficit global, vuelve a tomar su tendencia ascendente en 1978 a pesar de la enorme brecha creada por la crisis económica entre la producción total y su nivel tendencial histórico. Es notable, en este sentido el hecho que, el déficit no petrolero en 1978 es muy superior (como proporción del producto) al nivel correspondiente a 1971, aun cuando la recesión presente es mucho más profunda que la de aquel año. Por otra parte, la gráfica muestra también el carácter limitado de la "recuperación" económica de 1978 que ha dejado inalterada la relación entre la producción total y su tendencia histórica.

3. Perspectivas alternativas de la economía mexicana

Las principales características de la evolución económica en la presente década —desequilibrio creciente en la cuenta corriente de la balanza de pagos, lento crecimiento de la producción y altas tasas de desempleo e inflación— se influyeron mutuamente y determinaron un proceso de deterioro económico que las políticas seguidas, incluyendo la devaluación del peso, no lograron revertir. Las perspectivas de producción y exportación de petróleo ofrecen, sin embargo, la posibilidad de romper un eslabón esencial de ese proceso de deterioro acumulativo. Este eslabón es la restricción financiera al crecimiento económico que ha representado la evolución tradicional del sector externo.

La posibilidad de que la generación de un excedente comercial petrolero de considerable magnitud permita revertir las tendencias mencionadas anteriormente depende en gran medida de la estrategia que se siga en el uso de los ingresos petroleros. La contribución directa del petróleo a la producción y el empleo es, como se argumenta en el cuarto artículo de esta revista, relativamente pequeña y su significado más importante reside en sus repercusiones indirectas que dependerán de las medidas de política económica que se adopten en el futuro cercano. En principio, el excedente petrolero (neto de todos los pagos al exterior que son necesarios para generarlo y neto también del déficit en la balanza comercial agropecuaria)[4] puede ser destinado a varios usos alternativos. Las tres alternativas que consideramos aquí son las siguientes: 1) el excedente neto petrolero es utilizado para pagar la deuda pública externa durante los próximos diez años; ello se acompaña de un superávit acumulado en cuenta corriente aproximadamente igual al monto total de la deuda pública externa en 1978, superávit que va reduciéndose a medida que la deuda se liquida; 2) el excedente es utilizado por el sistema económico en importaciones adicionales cuya composición está determinada por las relaciones estructurales que han caracterizado a la economía en el pasado reciente, sin que esas relaciones se vean afectadas por cambios significativos en la política económica; 3) finalmente, se considera la alternativa de que el excedente neto petrolero acumulado entre 1979 y 1982-83 (equivalente, aproximadamente, al monto de recursos que en la primera alternativa se destinaría a pagar la deuda pública externa) sea utilizado en inversiones adicionales en el período 1979-86 inducidas por una política industrial que tendría como objetivo de mediano plazo reducir el déficit en la balanza comercial manufacturera.[5]

En estas dos últimas alternativas, la cuenta corriente se mantiene en equilibrio para el conjunto de los próximos diez años y la deuda pública externa se mantiene en promedio en (aproximadamente) su nivel de 1978.

Las tres alternativas mencionadas tienen en común los siguientes supuestos acerca de la evolución de la economía internacional y de la política económica interna:

a) La demanda mundial, cuya evolución se supone determinada por la del producto interno bruto de Estados Unidos, entra en recesión en 1979-80 (crecimiento promedio anual de 2.5% en esos años) y crece, a partir de 1981, a una tasa promedio anual de 3.5%. Este crecimiento es más lento que el de la década 1960-70 y supone la continuación de las tendencias recesivas de la presente década.

b) Los precios internacionales de manufacturas en el mercado internacional crecen a una tasa anual de 7% a partir de 1979. Los términos de intercambio entre petróleo y manufacturas cre-

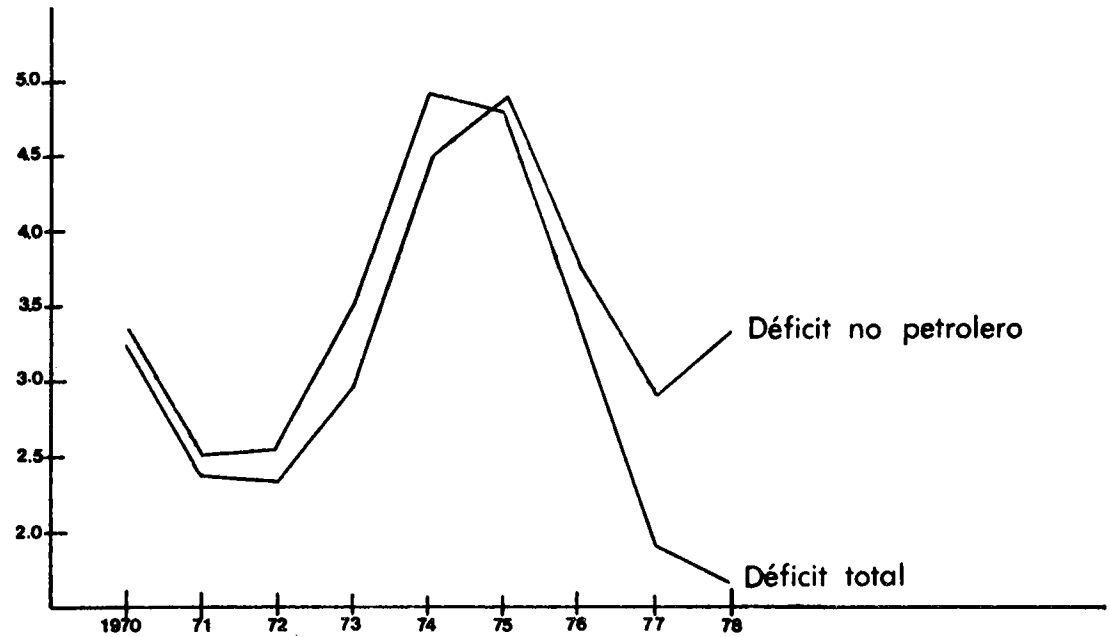
---

[4] Para una definición precisa y una estimación del excedente neto petrolero, véase el cuarto artículo de la revista. La significación de deducir el déficit comercial agropecuario será discutida más adelante.

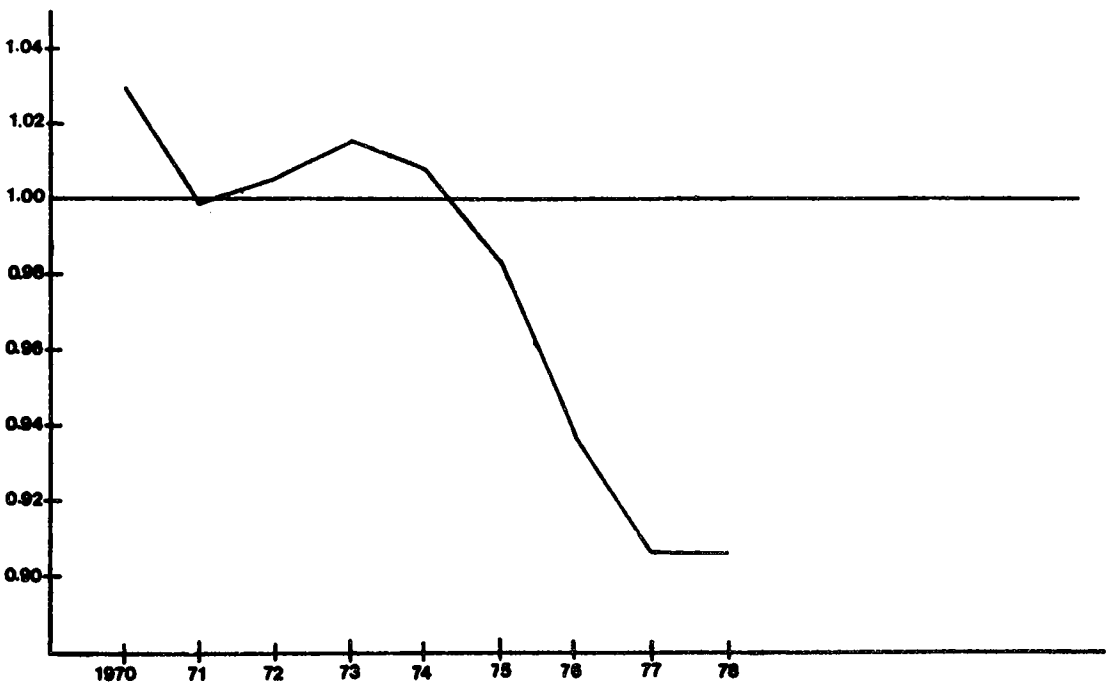
[5] Las características de la política industrial considerada se presentan en detalle más adelante.

GRAFICA 5

Déficit no petrolero y déficit total en la Balanza de mercancías
(en % del PIB)



Desviaciones del PIB con respecto a su tendencia



Fuente: Indicadores Económicos, Producto Interno y Gasto, Banco de México.

cen en 3% en 1979 (dado el aumento promedio anual previsto de 10% en el precio del crudo en 1979) y se mantienen constantes a partir de 1980. Los precios internacionales de los productos agropecuarios de exportación mexicanos crecen a la misma tasa que el precio mundial de las manufacturas, mientras que los precios internacionales de los productos agropecuarios de importación crecen más rápidamente de manera a restablecer en 1982-83 la relación de intercambio entre precios de importación y precios de exportación que existía en 1976.[6]

c) Los supuestos acerca de producción, exportación e importación de petróleo y derivados se basan en los planes de producción y exportación de PEMEX hasta 1982, excluyendo las exportaciones, originalmente previstas, de gas natural. El adelanto de las metas a 1980 junto con los retrasos existentes en el cumplimiento del programa llevan a suponer que las plataformas de producción y exportación se alcanzan en 1981.[7] A partir de ese año, la producción crece sólo en la medida necesaria para satisfacer el consumo interno de petróleo y derivados.

d) El gasto público (excepto en la tercer alternativa) crece en promedio a una tasa que es, en términos reales, igual a la de la tendencia histórica de los dos últimos sexenios y el presente.

e) La política de precios y subsidios a la agricultura logra neutralizar la presión inflacionaria originada en el rápido crecimiento de los precios agropecuarios de importación y logra mantener los términos de intercambio entre agricultura e industria en su nivel actual.

f) Las negociaciones salariales van acompañadas de una liberalización progresiva de la política salarial. Los incrementos "ex-ante" (basados en una extrapolación de la tasa de inflación del año anterior) en los salarios industriales reales son de −2.6% en 1979, 2% en 1980 e iguales al crecimiento tendencial de la productividad industrial (4% aproximadamente a partir de 1981.

g) El tipo de cambio se mantiene fijo al nivel actual de 22.8 pesos por dólar.

Debe ser observado que los tres últimos supuestos no tienen el mismo grado de realismo en las distintas alternativas. Su realismo y las consecuencias que tendría su no cumplimiento se consideran más adelante en el contexto de la discusión de la viabilidad de las distintas estrategias.

Una de las principales incertidumbres acerca del desarrollo futuro de la economía mexicana se refiere a la evolución de la producción agropecuaria. Por esta razón, en cada una de las alternativas mencionadas se consideran dos variantes. En la primera, se supone la continuación de las tendencias recientes de la producción agropecuaria (incluyendo silvicultura y pesca) y un deterioro creciente de la balanza comercial de este sector. La segunda variante considera una recuperación del crecimiento de la producción a tasas que permiten mantener en el largo plazo el equilibrio en la balanza comercial agropecuaria. En lo sucesivo, la primera variante se denominará con la letra A mientras que la segunda por la letra B. Antes de pasar a la presentación y discusión de las proyecciones queremos enfatizar que el ejercicio consiste en una simulación de los efectos de distintas estrategias de política económica que no pretende, por varias razones, predecir el desenvolvimiento futuro de la economía mexicana. En primer lugar, porque el hecho de que los efectos *totales* de cada una de las estrategias sólo pueden ser evaluados en un período largo de tiempo nos ha llevado a escoger un período de análisis de diez años para el cual existe una gran incertidumbre tanto acerca de la evolución de las variables exógenas como acerca del mantenimiento de las relaciones estructurales de comportamiento. Por ello, las distintas estrategias deben ser consideradas, no tanto en sí mismas, como en su relación con las demás. En segundo lugar, cada una de las estrategias (con la excepción, como veremos de la primera) aparece en una forma pura y posiblemente extrema y, como veremos, la viabilidad económica y política correspondiente es sustancialmente distinta en cada caso. Por último, el supuesto introducido en la segunda y tercer alternativas de equilibrio en la cuenta corriente para el conjunto del período de análisis podrá considerarse irrealista dada la capacidad de endeudamiento externo que mantienen los sectores público y privado y las políticas tradicionales frente a la inversión extranjera. En este sentido, el ejercicio realizado debe considerarse como un intento de respuesta a la siguiente pregunta: ¿en qué medida la generación de un considerable excedente comercial petrolero puede contribuir a revertir las tendencias económicas recientes sin que, al mismo tiempo, se siga agravando la dependencia financiera del país con el exterior?

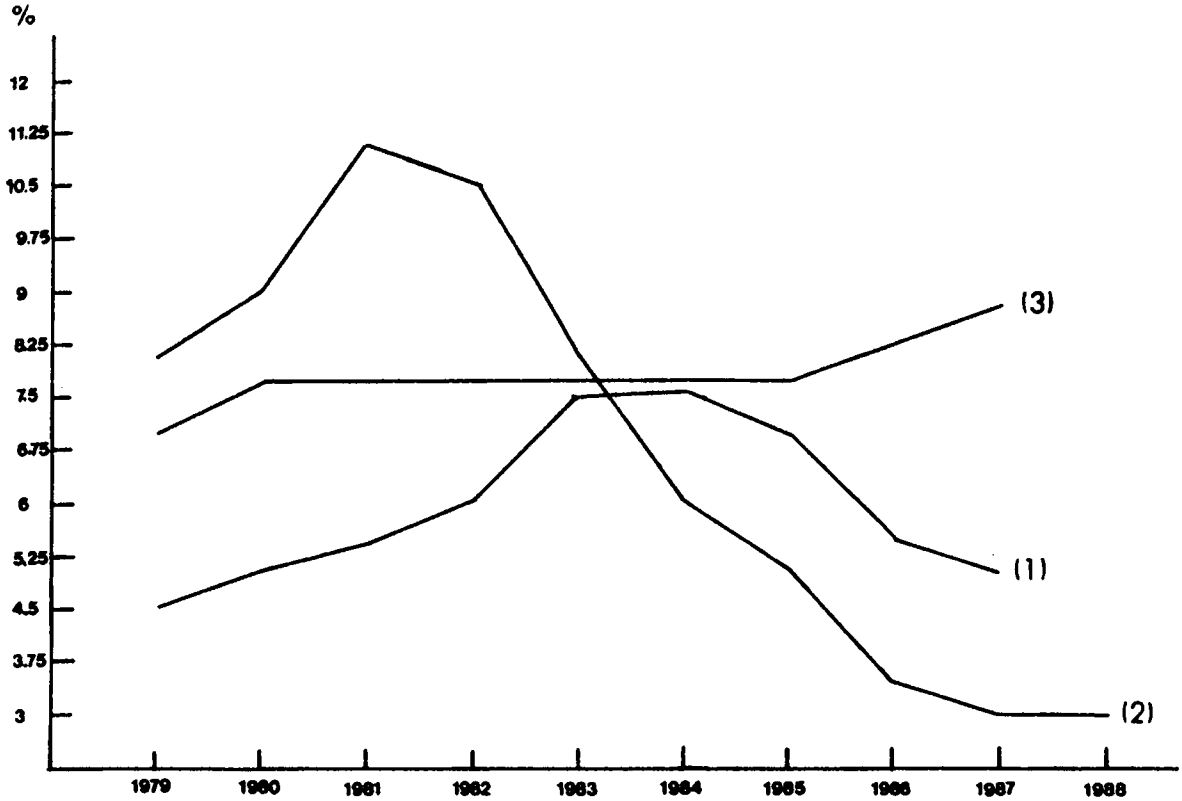
Las gráficas 6 y 7 presentan la evolución de la tasa de crecimiento del producto interno bruto en cada una de las alternativas consideradas.

Este último supuesto se justifica y discute más adelante.

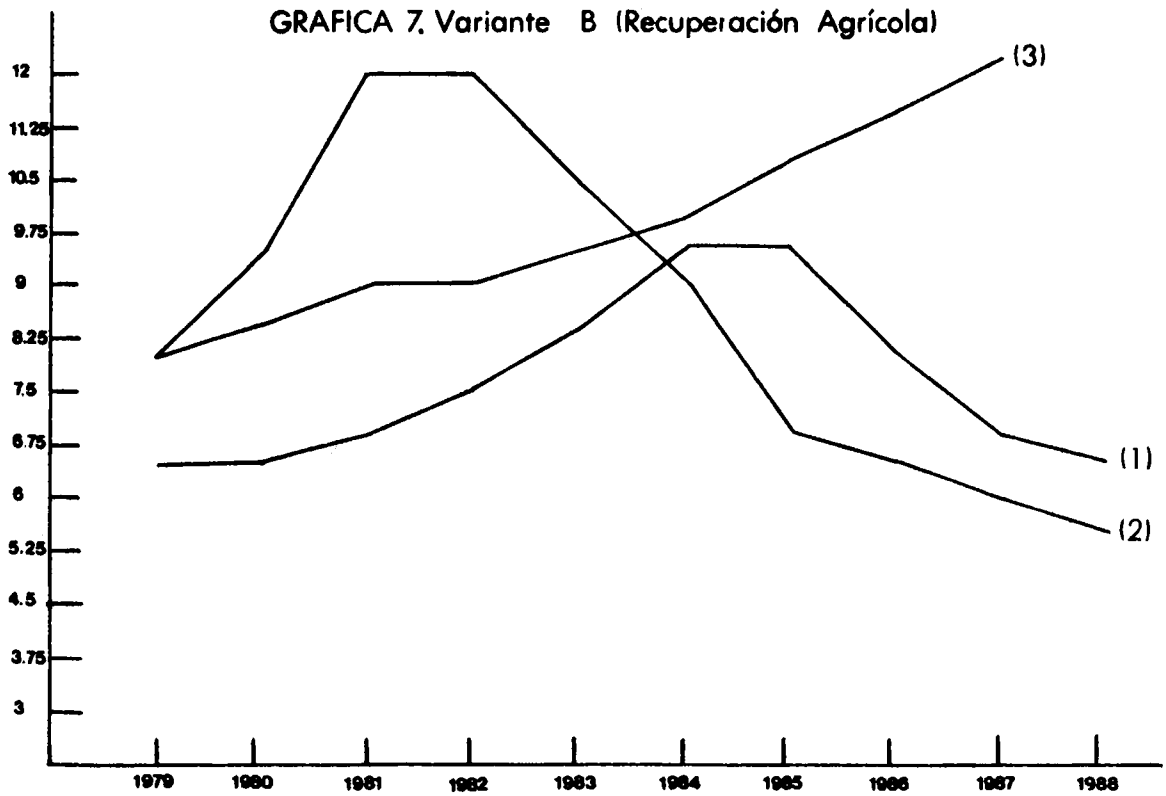
Véase el cuarto artículo de esta revista para una descripción detallada de estos supuestos.

Trayectorias alternativas de la tasa de crecimiento del PIB

GRAFICA 6. Variante A (Crisis Agrícola)



GRAFICA 7. Variante B (Recuperación Agrícola)



Fuente: Apéndice Estadístico.

La evolución de la producción total bajo la alternativa 2 A ilustra los límites que tiene la política de exportación masiva del petróleo, si las tendencias recesivas de la agricultura mexicana continúan en el futuro y los excedentes petroleros son absorbidos por el sistema económico en ausencia de políticas que tiendan a modificar las relaciones estructurales de comportamiento económico. Puede imaginarse esta estrategia como consistente en la transferencia de los excedentes petroleros al resto de la economía por la vía de subsidios indiscriminados de PEMEX, reducciones de impuestos, o su canalización al sector privado a través del sistema financiero.

La contribución directa que hace el petróleo a la balanza de pagos es sin duda sustancial: permite una tasa de crecimiento de 6.6% anual en promedio para el conjunto de la próxima década *con equilibrio* en la cuenta corriente de la balanza de pagos que contrasta muy favorablemente con la tasa de crecimiento promedio del período 1970-77 del 4.7% considerando que esta tasa sólo puede ser lograda con un déficit en la cuenta corriente equivalente, en promedio, al 3% del producto interno bruto. Dicho de otro modo, la producción y exportación de petróleo permiten reducir el déficit en la cuenta corriente de 3% del PIB en 1970-77 a cero en promedio para los próximos diez años elevando al mismo tiempo la tasa de crecimiento económico.

Sin embargo, la trayectoria mencionada se caracteriza por fluctuaciones violentas en la tasa de crecimiento. En efecto, en una primera fase 1979-82, la creciente producción y exportación de petróleo conduciría a un auge económico general que permitiría tasas de crecimiento del orden del 10-11% en 1981-82. Una vez que el flujo de exportación de petróleo haya llegado a un máximo en 1982, la economía enfrentaría el dilema de continuar agravando su dependencia financiera o conocer una rápida desaceleración del crecimiento económico. En cualquier caso, esto significaría que a partir de 1985 la economía volvería a las tendencias recientes que combinan tasas relativamente bajas de crecimiento con endeudamiento externo creciente. La reaparición de estas tendencias queda ilustrada por el hecho de que hacia finales de la década de 1980, tasas de crecimiento superiores al 3% no parecen sostenibles con un equilibrio en la cuenta corriente.

La razón de esta rápida desaceleración del crecimiento económico se encuentra en el rápido crecimiento del déficit no petrolero en la cuenta corriente determinado principalmente por los déficits manufacturero y agrícola.

CUADRO 5

Déficits manufacturero y agrícola en porcentaje del superávit en la balanza comercial petrolera

	1982	1988
Déficit manufacturero	86	85
Déficit agrícola	8.3	30

Fuente: Apéndice Estadístico.

Para 1982 los déficits agrícola y manufacturero representan prácticamente la totalidad (94%) del superávit en la balanza comercial petrolera. Para 1988 este porcentaje aumenta al 115% a pesar de la lenta tasa de crecimiento del período 1983-88. Después de un auge económico temporal, la ausencia de cambios significativos en la política económica conduciría así a la reaparición de las tendencias recientes al estancamiento de la producción. La balanza comercial petrolera correría así una suerte similar a la del superávit agrícola en el modelo de desarrollo de los sesentas y setentas. De ser la fuente principal de financiamiento del déficit industrial (y ahora de un creciente déficit agrícola) en una economía en rápido crecimiento, pasaría a ser progresivamente insuficiente para sostener una tasa elevada de crecimiento económico.

Las implicaciones económicas de pagar la deuda pública externa

Una comparación de las trayectorias 1A y 2A nos permite evaluar las implicaciones económicas que se derivarían de pagar la deuda pública externa durante los próximos diez años si la única alternativa planteada consistiera en la absorción de los excedentes petroleros por el sistema económico sin cambios en la política económica.

Es interesante señalar, en primer lugar, que a pesar de la meta mucho más estricta que se impone a la cuenta corriente en la trayectoria 1 y a pesar de las altas tasas de crecimiento que es posible lograr en la trayectoria 2 durante el período del auge petrolero 1980-83, la diferencia entre las tasas de crecimiento promedio para el conjunto de la década es sorprendentemente pequeña: 5.8% en la primera y 6.6% en la segunda. La explicación de este fenómeno se encuentra en el hecho de que la liquidación de la deuda pública externa a lo largo de la próxima década libera progresivamente a la economía de la carga financiera que representan los pagos de intereses sobre la deuda pública externa y permite con ello elevar la tasa de crecimiento de la producción, y del ingreso nacional real, que es compatible con una meta dada en la cuenta corriente. El efecto que se deriva de

la progresiva liberación de la carga financiera que representa la deuda puede verse más claramente comparando la evolución de las exportaciones totales menos los intereses pagados sobre la deuda pública externa (deflactados por el precio de las exportaciones de manufacturas) bajo las dos trayectorias (véase la gráfica 8). El aumento, hacia 1983, del valor de esta variable en la trayectoria 1 (por encima del que asume en la segunda alternativa), junto con la reducción progresiva de la meta en la cuenta corriente de la balanza de pagos, permiten explicar la forma que adopta la trayectoria de la tasa de crecimiento del producto, en particular la aceleración del crecimiento económico hacia 1982 que sigue a un período inicial de muy lento crecimiento, así como el sostenimiento al final del período de tasas más elevadas de crecimiento que las que presenta la segunda alternativa.

El pago de la deuda enfrenta, sin embargo, limitaciones considerables que empobrecen el alcance de los beneficios económicos mencionados. En primer lugar, el crecimiento económico es muy lento y a pesar de la aceleración que ocurre en el período 1982-84, el producto interno bruto no logra, en esta trayectoria, recuperarse al nivel de su tendencia histórica proyectada para el período 1979-88 (véase la Gráfica 9).

En segundo lugar, el pago de la deuda no impide una desaceleración del crecimiento económico hacia 1985 que se debe, al igual que en la segunda alternativa, al rápido crecimiento de los déficits comerciales manufacturero y agropecuario.

Estos resultados parecen todavía más limitados cuando se recuerda que en esta alternativa la deuda pública externa se termina de pagar en 1988. De haber utilizado la totalidad del excedente neto petrolero en cada año al pago de la deuda, el crecimiento económico en los primeros años de la próxima década habría sido negativo. Esta evolución se debe a que la meta correspondiente en la balanza de pagos equivaldría a un equilibrio en la cuenta corriente excluidas las balanzas comerciales petrolera y agropecuaria y corresponde, aproximadamente, a lo que habría sucedido con la economía mexicana de haberse agotado las fuentes externas de financiamiento y de no haber contado con la aparición de excedentes petroleros.

Los efectos de una política industrial

Las estrategias analizadas anteriormente tienen en común una tendencia, más o menos rápida, hacia la desaceleración del crecimiento económico que tiene sus raíces en el deterioro continuo de las balanzas comerciales agropecuaria y manufacturera. Examinaremos ahora, la contribución que haría al crecimiento económico una política industrial que tuviera como objetivo frenar o eliminar la ampliación continua del déficit industrial.

La política industrial considerada tiene las siguientes características. Las inversiones adicionales anuales, específicas a esta alternativa, ascenderían progresivamente hasta 10,000 millones de pesos a precios de 1960 en la variante que considera la continuación de la crisis agrícola y 11,500 millones de pesos en la variante alternativa, y se mantendrían en ese nivel hasta 1986.[8] El contenido de importación de la inversión adicional sería del orden de 50%, superior al promedio de la inversión total. Por último, por cada 100 de esta inversión se generarían 50 de capacidad productiva adicional con un período promedio de gestación de 2 años. A su vez, por cada 100 de capacidad productiva adicional se generarían, con un rezago promedio de 1.5 años, 25 de exportaciones de manufacturas adicionales y 25 de bienes de capital e intermedios que sustituirían una importación equivalente de estos bienes.

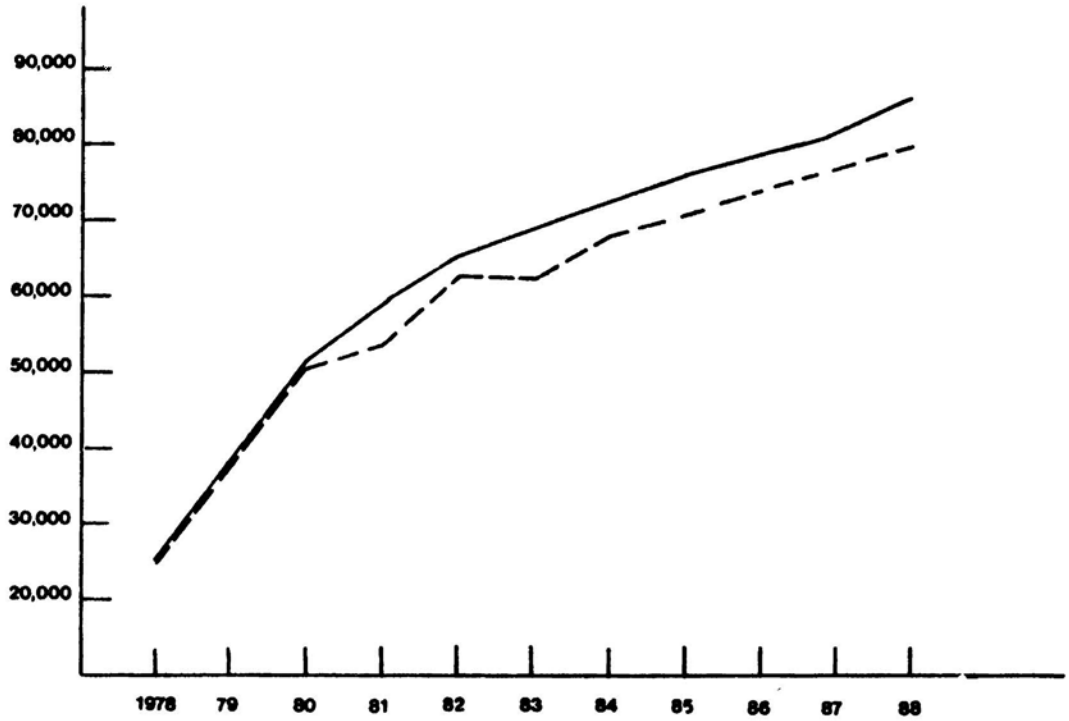
La discusión de los medios específicos que permitirían alcanzar este esfuerzo masivo de inversión y cumplir con las características mencionadas va más allá de esta primera aproximación al problema. En particular, cuestiones tales como la naturaleza de los incentivos y la forma de intervención del Estado (subsidios a la inversión privada, desarrollo de empresas mixtas, inversión pública), de las ramas industriales específicas a desarrollar y de la distribución regional de las inversiones, del énfasis que debe ser puesto en la sustitución de importaciones o el fomento a las exportaciones son problemas de orden tanto económico como político, cuyo tratamiento detallado requiere de una investigación de mayor alcance que la presente. El ejercicio nos permite, sin embargo, obtener una idea de lo que puede ser logrado bajo un conjunto de condiciones concretas.

Los efectos de la política industrial sobre la balanza comercial manufacturera pueden ser apreciados comparando la evolución de las exportaciones e importaciones en la alternativa de política industrial con la que ocurriría en una trayectoria hipotética que se caracterizara por la misma tasa de crecimiento económico y por la ausencia de política industrial.[9] El cuadro 6 muestra la evolución

[8] Recordamos que en esta estrategia el equivalente del excedente neto petrolero acumulado en el período 1979-82 se invierte a lo largo del período 1979-86, y que es de la diferencia en la magnitud del excedente neto en las variantes A y B que se deriva la diferencia en la magnitud de las inversiones adicionales.

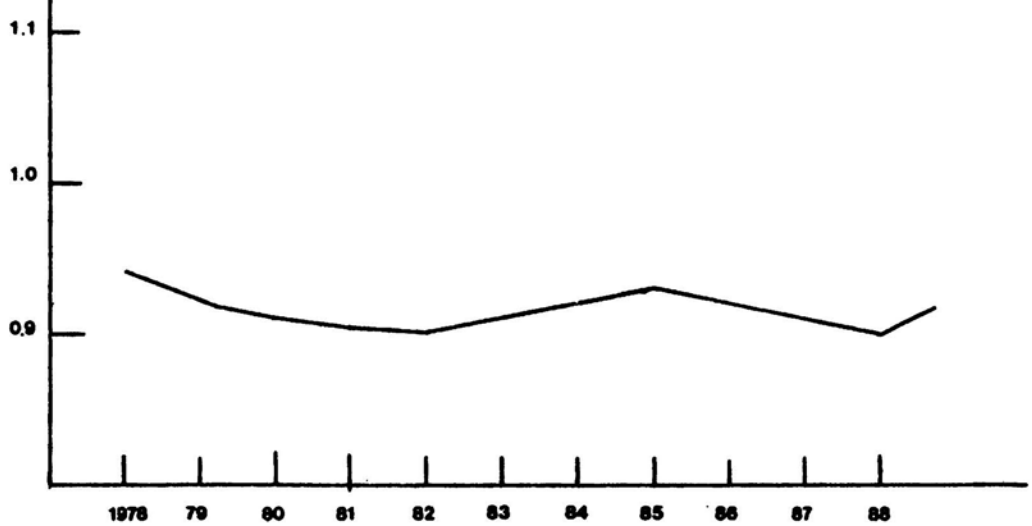
[9] En este apartado nos concentraremos en la variante que considera la continuación de la crisis agrícola, y en el siguiente apartado consideraremos la variante alternativa.

GRAFICA 8. Exportaciones totales menos intereses sobre la deuda pública externa en las trayectorias 1A y 2A (deflactados por el precio de las exportaciones de manufacturas) millones de pesos



Fuente: Apéndice Estadístico.

GRAFICA 9. Desviación del PIB con respecto a la tendencia (1960-78) proyectada en la trayectoria 1A



Fuente: Apéndice Estadístico.

de las exportaciones de manufacturas y minerales y de las importaciones de bienes de capital e intermedios bajo estas dos trayectorias.

Como se puede observar en el cuadro, la política industrial (en la variante A) tiene el efecto de elevar en 3.6 puntos la tasa de crecimiento anual de las exportaciones de manufacturas y minerales y de reducir en 1.3 puntos el crecimiento de las importaciones de bienes de capital e intermedios para el conjunto del período. El mayor efecto que la política industrial tiene sobre las exportaciones se debe en parte al nivel inicial menor de éstas en relación al de las importaciones y también al hecho de que las inversiones adicionales generan importaciones adicionales de bienes de capital que no tienen lugar en la trayectoria sin política industrial. Son notables por otra parte, las diferencias existentes entre el primer y el segundo quinquenios, diferencias que deben atribuirse a los rezagos involucrados en la operación de la política industrial. Así, por ejemplo, mientras que en el primer quinquenio la política industrial implica un crecimiento superior de las importaciones (debido a las importaciones de bienes de capital adicionales y al período de gestación de los efectos de la política industrial), el segundo quinquenio se acompaña de una desaceleración rápida de ese crecimiento a medida que los efectos de la política operan plenamente.[10]

[10] La desaceleración del crecimiento de las importaciones es, en parte, atribuible también a la distinta evolución entre quinquenios de la tasa de inflación interna. Este factor, junto con la distinta evolución de la demanda mundial debe considerarse también en la explicación del comportamiento distinto, entre quinquenios, de las exportaciones.

El fenómeno más importante a observar es que, como consecuencia de los efectos mencionados, el crecimiento de las exportaciones supera, a la tasa de crecimiento del producto considerada, el crecimiento de las importaciones de bienes intermedios y de capital, contrariamente a lo que sucede en la trayectoria sin política industrial. De mantenerse en el largo plazo, este comportamiento permitiría revertir la tendencia al aumento persistente del déficit industrial y, eventualmente, eliminarlo. Es esta evolución del déficit industrial la que permite explicar la elevación sustancial de la tasa de crecimiento económico promedio en relación a las estrategias analizadas anteriormente y, sobre todo, la posibilidad de mantener elevadas tasas de crecimiento una vez que el auge petrolero ha empezado a declinar.

El papel de la agricultura

Una comparación de las variantes A y B nos permite evaluar cuáles serían los efectos de una recuperación económica del sector agropecuario. El aumento de la tasa de crecimiento de la producción agropecuaria de 2% a 4.7% aproximadamente tiene efectos importantes en las tres trayectorias aunque su contribución al crecimiento económico es considerablemente mayor cuando los efectos de esa recuperación se combinan con los de una política industrial. En efecto, la recuperación del sector agropecuario permite en este caso elevar la tasa de crecimiento económico en dos puntos, aumento superior al que se presenta en las otras alternativas. Y esto ocurre partiendo de la tasa más alta del primer conjunto de variantes.

La explicación de este fenómeno, a primera vista sorprendente, se encuentra en el doble papel que

CUADRO 6

Exportaciones e importaciones industriales con y sin política industrial (1 y 2 respectivamente)[1]

Variante A	1979-83	1984-88	1979-88
Tasa de crecimiento del PIB	7.80	8.45	8.12
Exportación de manufacturas y minerales	(1) 10.64 (2) 7.70	13.61 9.41	12.12 8.55
Importación de bienes Intermedios y de capital	(1) 13.29 (2) 11.11	4.31 8.96	8.71 10.03
Variante B			
Tasa de crecimiento del PIB	8.80	11.50	10.14
Exportación de manufacturas y minerales	(1) 11.07 (2) 7.70	14.22 9.41	12.63 8.55
Importación de bienes Intermedios y de capital	(1) 14.58 (2) 12.18	7.41 12.28	10.94 12.23

Fuente: Apéndice Estadístico.
En tasas anuales de crecimiento

juega la evolución de la agricultura. Por un lado, la eliminación del déficit comercial agrícola permite liberar recursos que pueden ser empleados en ampliar las inversiones adicionales consideradas en la estrategia de política industrial, reforzando así los efectos de ésta sobre la balanza comercial manufacturera y el crecimiento económico. Por otra parte, están los efectos directos que tiene la agricultura sobre la producción total y la balanza de pagos, que permiten elevar la tasa de crecimiento económico que es compatible con una meta dada en la balanza en cuenta corriente.

A los efectos anteriores, es necesario añadir los que el comportamiento de la producción agropecuaria puede tener sobre la evolución futura de la tasa de inflación, que serán considerados a continuación.

Inflación, crisis agrícola y consumo: la viabilidad de las distintas estrategias

Los supuestos, comunes a las tres alternativas y sus variantes, acerca de la evolución del tipo de cambio, de la política de precios agrícolas y de la política salarial conducen en todas las trayectorias a una desaceleración progresiva de la tasa de inflación hasta alcanzar, hacia 1983, el nivel de la tasa de crecimiento de los precios internacionales de manufacturas, y mantenerse a partir de ese año en ese nivel. Esta desaceleración de los aumentos internos de precios es el resultado de una tasa de inflación internacional aproximadamente constante e inicialmente más baja que la interna, de la neutralización por la política de precios agrícolas de los efectos internos de la modificación de los términos de intercambio internacionales entre manufacturas y productos agropecuarios y entre productos de exportación e importación agropecuarios, y de la evolución de las negociaciones salariales que a pesar de la contracción reciente de la participación de los asalariados en el ingreso no conducen a incrementos negociados "ex-ante" en los salarios reales superiores al crecimiento de la productividad industrial.

Los dos últimos supuestos no tienen, sin embargo, el mismo grado de realismo en las distintas trayectorias. Un riesgo inflacionario mayor lo constituye la evolución futura del precio relativo de los productos agropecuarios de importación.[11] Su recuperación implicaría tasas de crecimiento de los precios agropecuarios considerablemente más altas que la tasa de inflación internacional supuesta, que sería importada, en ausencia de medidas de política, al interior de la economía mexicana. La historia de la primera mitad de los setentas podría así repetirse fácilmente de no cumplirse el supuesto de que la política de precios y subsidios al sector agropecuario logra neutralizar los efectos de esta presión inflacionaria. La continuación de la crisis agrícola haría más difícil la tarea de la política de precios al punto que una cierta recuperación agrícola parecería ser una condición necesaria para evitar una aceleración de la tasa de inflación. Esta consideración se ve reforzada por el hecho de que a la presión inflacionaria del exterior se sumaría la presión inflacionaria interna derivada de la caída continua de la producción agropecuaria per cápita. Por esta razón, es de esperarse que las variantes que consideran una continuación de la crisis agrícola vayan acompañadas de una tasa de inflación mayor que cuestionaría la viabilidad de estas trayectorias al obligar a reducir el crecimiento económico previsto para mantener la meta correspondiente en la cuenta corriente, o bien a seguir una política de devaluaciones sucesivas, o bien a abandonar la meta de balanza de pagos.

La posibilidad de que las negociaciones salariales conduzcan a una reducción progresiva de la tasa de crecimiento de los salarios nominales depende fundamentalmente de que los incrementos negociados "ex-ante" en los salarios reales coincidan con los incrementos "ex-post" en el consumo per cápita de los trabajadores. Ya que las negociaciones salariales se basan a partir de 1981 en un crecimiento de los salarios reales igual al de la productividad del trabajo, un indicador de la correspondencia entre los incrementos salariales "ex-ante" y los incrementos disponibles "ex-post" lo constituye el crecimiento del consumo privado y su participación en el producto interno bruto. En cuatro de las proyecciones analizadas existe una tendencia a un muy lento crecimiento del consumo y/o a una reducción de su participación, que sugieren la presencia de un crecimiento del consumo per cápita de los trabajadores inferior al crecimiento ex-ante de los salarios reales. Esta situación se presenta con mayor intensidad en la alternativa de pago de la deuda (especialmente en la variante con crisis agrícola) pero tiende a presentarse también a largo plazo en la segunda alternativa. Dadas la evolución de los incrementos ex-ante en los salarios y la trayectoria supuesta del gasto público, esta evolución puede interpretarse como una situación en que el esfuerzo de ahorro interno y la desaceleración del crecimiento económico que implica alcanzar la meta corres-

[11] Los términos de intercambio entre productos agropecuarios de exportación y de importación han seguido en el pasado reciente un ciclo relativamente regular. El deterioro considerable que sufre el precio relativo de los productos de importación a partir de 1975, que conduce a que los términos de intercambio se encuentren actualmente en su nivel más bajo en muchos años, lleva a suponer una cierta recuperación en el futuro.

pondiente en la cuenta corriente de la balanza de pagos, conduce a la utilización de una política fiscal contraccionista que, mediante la elevación de tarifas públicas, impuestos directos o indirectos o la reducción de transferencias, reduce el crecimiento ex-post de los ingresos reales disponibles de los trabajadores por debajo del crecimiento ex-ante de los salarios reales negociados, a la vez que reduce el crecimiento de la producción y de la demanda de bienes de consumo. Esta situación en la que el incremento disponible en los ingresos reales es menor al incremento negociado ex-ante, conduciría a un conflicto en torno a la distribución del ingreso disponible en el sector privado que llevaría al crecimiento de los precios y de los salarios nominales a tasas muy superiores a las previstas originalmente y cuestionaría también la viabilidad de las estrategias mencionadas.

En efecto, la alternativa de política económica que más posibilidades tendría de ser seguida para evitar una aceleración de la inflación derivada de la evolución del consumo, consistiría en el abandono de las metas supuestas en la balanza en cuenta corriente que evitaría el incurrir en aquella política contraccionista. Esto significaría, en el caso de la alternativa de pago de la deuda, el abandono de los objetivos de la estrategia y, o bien, alargar el período de pago de la deuda, o más realistamente, caer en la segunda estrategia. Sin embargo, como la misma situación se presenta en esta última aunque más tarde, lo anterior implicaría en última instancia caer de nuevo en el modelo de desarrollo seguido hasta la fecha. Tarde o temprano, cuando el flujo de petróleo empiece a declinar, las tendencias más recientes de la economía mexicana volverían a aparecer.